

EDICIÓN DE
MARGARET WEIS Y TRACY HICKMAN

Kenders, enanos y gnomos



CUENTOS DE LA DRAGONLANCE · VOLUMEN 2
minotauro



KENDER, ENANOS Y GNOMOS

CUENTOS DE LA DRAGONLANCE II

EDICIÓN DE MARGARET
WEIS Y TRACY HICKMAN

minotauro

© 1987 TSR, Inc.

© 2025 Wizards of the Coast LLC. All Rights Reserved. Licensed by Hasbro.
Originally published as *Dragonlance Tales nº 02/06 Kender, Gully Dwarves, and Gnomes*

Wizards of the Coast, Dungeons & Dragons, D&D, their respective logos, Dragonlance, and the dragon ampersand are registered trademarks of Wizards of the Coast LLC in the U.S.A. and other countries.

All characters in this book are fictitious. Any resemblance to actual persons, living or dead, is purely coincidental. All Wizards of the Coast characters, character names, and the distinctive likenesses thereof, and all other Wizards trademarks are property of Wizards of the Coast LLC.

Publicación de Editorial Planeta, SA. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.

Copyright © 2025 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.

Reservados todos los derechos.

Traducción: © Mila López

Rediseño de cubierta: Coverkitchen

Ilustración de cubierta: Henry Higginbotham

Revisado por: dtm+tagstudy

ISBN: 978-84-450-1127-0

Depósito legal: B. 5.890-2025

Printed in EU / Impreso en UE.

US, Canada,

Asia, Pacific & Latin America:

Wizards of the Coast, Inc. Way

P.O. Box 707

Renton, WA 98057-0707

+1-800-324-6496



European Headquarters:

Hasbro UK Ltd Newport,

Gwent NP9 0YH GREAT

BRITAIN

Visit our web site at www.wizards.com

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com

Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro

Twitter: @minotaurolibros

ÍNDICE

PRÓLOGO	9
1. LA CANCIÓN DE LA NIEVE	13
Nancy Varian Berberick	
2. LOS ANTEOJOS DEL MAGO	55
Morris Simon	
3. EL NARRADOR DE CUENTOS	91
Barbara y Scott Siegel	
4. EL PERRO ROJO	117
Danny Peary	
5. LA DESASTROSA CACERÍA DE FEWMASER TOEDE	143
Harold Bakst	
6. CONCEPTOS DEL HONOR	177
Richard A. Knaak	
7. EL GATO Y LA ALONDRA	211
Nancy Varian Berberick	
8. ¿QUÉ TE APUESTAS?	247
Margaret Weis y Tracy Hickman	
9. ANÁLISIS DE LA HISTORIA	387
Michael Williams	
10. EL VUELO DE LA DAGA	429
Nick O'Donohoe	

LA CANCIÓN DE LA NIEVE

Nancy Varian Berberick

Tanis dejó caer la tapa del arcón de madera que hacía las veces de leñera. El golpe sordo que hizo al cerrarse sonó como si se sellara una tumba. La esperanza, albergada a lo largo de interminables horas de viaje montaña arriba, se extinguió de manera brusca. El arcón estaba vacío.

El viento ululante se colaba a través de las paredes desvencijadas del tosco cobertizo, y penetraba en remolinos por el umbral carente de puerta y por el techo roto. La tormenta había cogido desprevenidos a Tanis y a sus amigos al mediodía. Abajo, en los distantes valles, las cálidas temperaturas otoñales aún no presagiaban la llegada del invierno, y los campos no se habían marchitado bajo el frío manto de las heladas. Pero aquí, en las montañas, el otoño había pasado a ser un mero recuerdo. Esker había quedado a sus espaldas, a jornada y media de viaje, y Haven estaba a dos días de camino, en dirección contraria. Su única esperanza de aguantar la tempestad se había cifrado en este refugio de montaña, uno de los pocos que se conservaban con el mantenimiento de los habitantes de Esker y Haven para que sirviera de albergue

a los viajeros sorprendidos por una tormenta. Pero ahora, con la tempestad en pleno apogeo, parecía que sus esperanzas eran tan vanas como aquel arcón vacío.

A sus espaldas, el semielfo oía a Tas fisgoneando de acá para allá por el desolado refugio; el sombrío cariz de su situación no había afectado ni poco ni mucho a su natural talante alegre. No obstante, no había mucho que curiosear. Los fragmentos de alguna vasija de barro yacían esparcidos sobre el piso de tierra prensada. La estrecha mesa, que había sido la única pieza de mobiliario en el refugio, ahora no era más que un montón de tablones rotos y madera astillada. Al cabo de unos momentos, Tanis escuchó las notas desafinadas del caramillo que Tas se empeñaba en tocar desde que se lo encontró, varias semanas atrás. Hasta ahora, el kender no había logrado sacar del zarzapastroso instrumento otro sonido que no fuera aquella especie de balido agónico lanzado por una cabra moribunda. Pero no se daba por vencido y volvía a intentarlo cada vez que se le presentaba la ocasión, e insistía —también cada vez que se le presentaba la ocasión— en que el caramillo estaba encantado. Tanis estaba convencido de que había tantas posibilidades de que el caramillo estuviera encantado como las que tenían de entrar en calor en un futuro inmediato.

—Oh, fantástico... Otra vez ese espantoso caramillo —rezongó Flint—. ¡Tas! ¡Ahora, *no!*

Como si no lo hubiera escuchado, el kender siguió soplando el instrumento.

Con un suspiro de abatimiento, Tanis se volvió y vio que Flint se sentaba en su petate, a la vez que intentaba sacudirse la nieve de la barba con las manos entumecidas por el frío. Las

maldiciones farfulladas por el viejo enano hacían honor al mordiente aguijonazo de la cellisca.

Sólo Sturm guardaba silencio. Se recostó contra la jamba de la puerta y observó la rugiente tormenta con la actitud de quien mide las fuerzas de un oponente al que se ha mantenido a raya por un tiempo.

—¿Sturm?

El muchacho dio la espalda a la menguante luz diurna.

—¿No hay leña? —preguntó.

—Ni una astilla —Tanis tembló, aunque el estremecimiento no lo causaba el frío—. Flint, Tas, venid aquí.

Rezongando, el enano se incorporó del petate.

Tas dejó de tocar el caramillo de mala gana y echó una curiosa ojeada al interior del arcón vacío, al pasar frente a él. Hoy había brincado a través de una capa de nieve que le llegaba hasta la cintura; y lo habían sacado, desternillándose de risa como un duende revoltoso de las nieves, de un banco tan profundo que sólo gracias a su copete castaño, que ondeaba como una bandera señalizadora, localizaron el punto donde se había hundido. Aun así, sus ojos marrones brillaban con una irrefrenable curiosidad en el rostro enrojecido por el sople mordiente del viento.

—Tanis, no hay leña en el arcón —dijo—. ¿Dónde acostumbra guardarla?

—En el arcón... cuando hay. Pero no hay nada, Tas.

—¿Nada? ¿Y qué habrá ocurrido? ¿Crees que la tormenta se ha desatado de un modo tan repentino que no han tenido ocasión de almacenarla? ¿O crees que ya no se ocupan de llenar el arcón? A juzgar por el aspecto de este sitio, nadie lo ha visitado

hace mucho tiempo. Pues sería una pena, ¿verdad? Va a ser una noche muy larga y muy fría sin un buen fuego.

—Ya —gruñó Flint—. Tal vez no sea tan larga como supones.

A sus espaldas, Tanis oyó a Sturm hacer una profunda inhalación. Si Tas había retozado alegremente durante el trayecto en medio de la tormenta, Sturm, por su parte, había avanzado con toda la firme determinación de su carácter. Cada vez que Tas se hundía, Sturm estaba junto a Tanis para sacar al kender a la superficie. Su innata caballerosidad lo inducía a ponerse en todo momento delante de Flint, frenando con su cuerpo el frío aguijonazo del viento, abriendo paso en la nieve para facilitar la marcha del viejo enano que, a pesar de sus continuos gruñidos y maldiciones, jamás iba a pedir ayuda a nadie.

Con todo, Tanis estaba convencido de que el muchacho nunca había visto una ventisca semejante. «Se ha defendido bien; es una pena que tenga que llevármelo conmigo ahí fuera, otra vez», pensó el semielfo.

Sopló el rugiente viento del norte, húmedo y cortante. La escalada hasta el refugio había dejado a Tanis con agujetas y los músculos agarrotados y entumecidos por el frío. Lo que menos le apetecía ahora era aventurarse de nuevo en la tormenta, pero no tenía alternativa; o se arriesgaba a salir en busca de combustible, o morirían de frío durante la larga y oscura noche. La elección, por tanto, era evidente.

—No, Flint, no llegaremos a eso. Tendremos un buen fuego.

Las dudas que el enano abrigaba al respecto se plasmaban en el gesto severo de su semblante. Tas se volvió hacia el semielfo.

—Pero si no hay leña, Tanis. No veo cómo vamos a hacer un buen fuego sin madera.

Tanis respiró hondo para dominar su creciente inquietud.

—La conseguiremos de algún modo. En el camino pasamos cerca de un pequeño pinar. Entre Sturm y yo podemos recoger una cantidad suficiente y estar de regreso antes de que oscurezca.

La animación iluminó la faz del kender. Por fin habría algo más que hacer que pasarse una larga noche preguntándose qué se sentiría al quedarse congelado. Arrebujándose en su chaleco de pieles, se dirigió hacia la puerta.

—Yo también voy —anunció, seguro de que su oferta sería aceptada con agradecimiento.

—Oh, no.—Tanis agarró al kender por los hombros y le hizo dar media vuelta—. Tú te quedas aquí, con Flint.

—Pero, Tanis...

—Nada de peros. Lo digo en serio. El manto de nieve es demasiado profundo. Es una tarea para Sturm y para mí.

—Pero *necesitaréis* mi ayuda, Tanis. Puedo cargar leña, y nos hará falta un montón si no queremos quedarnos congelados esta noche.

El semielfo miró de soslayo a Flint, seguro de que escucharía el mismo argumento por parte de su viejo amigo. Lo atajó con un gesto firme, y Flint, aunque de mala gana, tuvo que reconocer el buen juicio del semielfo y aceptó en silencio su decisión. Lanzando un suspiro borascoso, el enano se dispuso a recoger las maderas astilladas que en tiempos fuera la mesa del refugio.

—Algo es algo —rezongó—. Sturm, ven a echarme una mano.

Tanis se acuclilló frente a Tas. En los ojos marrones del kender brillaba una chispa de rebeldía. Su gesto de obstinación hizo comprender al semielfo que el único modo de convencerlo para

que se quedara era ofrecerle una alternativa que considerara, si no tan interesante, al menos de la misma importancia que la tarea de recoger combustible para el fuego.

—Tas, escúchame. Tenemos muy pocas posibilidades. Jamás nos habíamos visto en medio de una tormenta tan temprana e inesperada como esta. Pero aquí estamos, y esta noche hará tanto frío que no sobreviviremos sin el calor de una hoguera.

—¡Lo sé! Por eso he...

—No. Déjame terminar. Necesito que te quedes aquí con Flint. Salir a buscar leña va a ser muy peligroso. Las huellas que dejamos hace poco casi han desaparecido. Me será muy difícil encontrar las marcas de terreno que me orienten para llegar a los pinos. Por ello quiero estar seguro de que vosotros dos estáis aquí, en caso de necesitaros.

—Pero, Tanis, te haré falta para recoger leña suficiente.

El semielfo sabía que la oferta de Tas era sincera... por el momento. Pero, con la misma claridad que vería el lecho de un arroyo a través de sus aguas transparentes, veía ahora la irreflexión y la inquieta naturaleza del kender asomando en sus ojos marrones. Tas no temía el frío mortal ni el azote del viento. La perspectiva de hacer un viaje al pinar, para él, significaba sólo una diversión y una oportunidad de satisfacer parte de aquella irreprimible curiosidad que lo había llevado al borde de la catástrofe en incontables ocasiones.

«Bueno, pues yo sí estoy asustado —pensó Tanis—. Y no me importa admitirlo ante él si con ello consigo que se quede aquí.»

—Tas, no sobreviviremos si los cuatro salimos ahí fuera y nos perdemos. No tardaríamos en morir. Sturm y yo tendremos mucho cuidado, pero tengo que estar seguro de que cuento con

vosotros en caso de que uno de los dos tuviera que regresar en busca de ayuda. ¿Comprendes?

Tas asintió en silencio, sintiéndose algo menos decepcionado al caer de repente en la cuenta de que Tanis confiaba en él, dependía de él.

—¿Puedo contar contigo?

—Sí, cuenta conmigo —respondió el kender con solemnidad. En su fuero interno, no obstante, llegó a la conclusión de que quedarse atrás, por muy íntegro que ello lo hiciera sentirse ahora, iba a ser, como poco, terriblemente aburrido.

A despecho del frío y el viento que arrojaba nieve a través del umbral, Tanis superó su talante sombrío un instante para dedicar una sonrisa al kender.

—Bien. ¿Por qué no vas a echar una mano a Flint y le dices a Sturm que hemos de ponernos en marcha?

Por un instante, Tanis creyó que sus razonamientos no iban a servir de nada. En el rostro de Tas vio escrita la pugna entre lo que deseaba hacer y lo que había prometido que haría, con tanta claridad como si estuviera consultando uno de los mapas del kender. Mas fue una batalla breve y, al final, se impuso la promesa hecha.

Sturm vació su petate y el de Tanis. Cogió dos pequeñas hachas, a las que examinó las hojas, y se dispuso a partir. El semielfo, que prefería contar con su arco y la aljaba si se presentaba algún peligro, dejó su espada a Flint.

—No es necesario que lleve peso extra —dijo, mientras tendía el arma al viejo enano.

—Tanis, ¿no hay otro modo de hacer las cosas? Esto no me gusta.

El semielfo posó la mano en el hombro de su amigo.

—Si te gustara, estarías solo. Descansa tranquilo; hace demasiado frío ahí fuera para que estemos mucho tiempo. Cuida de Tas. Me prometió quedarse, pero...

—Sí, *pero* —el enano esbozó una sonrisa sombría—. No te preocupes. Los dos estaremos aquí cuando regreses —un lamento desafinado se alzó en el refugio: el caramillo de Tas—. Aunque no te puedo asegurar que nos encuentres a los dos en nuestros cabales.

Sin tenerlas todas consigo, Flint observó la marcha de Tanis y Sturm. Tas se acercó a la puerta y se puso junto al enano. Les deseó buena suerte, pero dudó que lo hubiesen oído con el ulular de la ventisca.

—Apartémonos de la puerta —gruñó Flint—. No tiene sentido pasar más frío del necesario. Mejor será que saquemos todo el partido posible de estos trozos de tablones y hagamos leña con ellos. Cuando esos dos regresen, estarán helados hasta los huesos y cuanto antes se prepare un fuego, mejor.

El kender permaneció junto al umbral un rato. La ventisca engulló pronto todo rastro de Sturm y de Tanis. Tas empezaba ya a arrepentirse de la promesa hecha al semielfo.

«¡Yo habría encontrado esos árboles en un visto y no visto!», pensó. Para Tas, pensar era actuar. Se guardó el caramillo y salió a la cegadora tormenta. El viento lo azotó con fuerza, y el kender estalló en carcajadas por el puro placer de sentir el brutal empujón, acompañado del atronador rugido. No obstante, sólo había dado unos pasos cuando dos manos lo agarraron por los fondillos del chaleco y lo arrastraron de vuelta al refugio.

—¡De eso nada, amiguito!

—Pero, Flint...

El ardor que emitían los ojos del enano habría hecho entrar en calor a toda una compañía de hombres, y su rostro, pensó Tas, no debería tener ese tono rojo, ya que ahora no estaban en el exterior, bajo el mordiente soplo del viento.

—Sólo quiero alejarme un corto trecho, Flint. Volveré enseñuida, te lo prometo.

—¿Igual que prometiste a Tanis no salir de aquí? —el enano resopló—. Ese muchacho es un ingenuo por confiar en la promesa de un kender —apartó la mirada de Tas y la dirigió hacia la rugiente ventisca—. Pero *puede* confiar en mi palabra. Dije que te quedarías aquí, y aquí te quedarás.

Tas se preguntó si habría algún modo de escabullirse del viejo enano que se interponía entre él y la salida.

«Sí, puede que lo haya —pensó—. Sólo tendría que pasar corriendo bajo su brazo.»

Se dispuso a lanzarse de forma precipitada, pero en ese momento captó la mirada sombría y amenazante en los ojos de Flint y cambió de idea. Después de todo, estaba la promesa que le había hecho a Tanis, tan poco consistente como una telaraña, pero todavía presente en su mente. Además, siempre podía pasar el rato intentando extraer la magia oculta en el caramillo.

En cualquier caso, iba a ser una tarde fría, larga y muy, muy aburrida.

Bajo el protector cobijo de las gruesas ramas de los pinos, la tormenta parecía distante, desviada por los troncos de los árboles,

cada vez más numerosos, y la pendiente ascendente de una colina. El suelo del bosquecillo estaba lleno de agujeros y troncos caídos y resultaba traicionero al quedar cubiertos con la nieve. Tanis se dirigió a la parte central, donde el manto de nieve era mucho menos profundo.

—Recoge primero los trozos ya partidos. Nos será más fácil si no tenemos que cortar leña.

Habían tardado en llegar a los pinos más de lo que había calculado. Aunque apenas veía diferencia en la luz que llegaba bajo los árboles, sabía por puro instinto que la noche había caído. La nieve ya no tenía el color grisáceo del día, sino que era más resplandeciente. Apenas una hora antes, el cielo tenía el color de pizarra mojada. Ahora, por el contrario, era de un negro opaco, denso, con todas las características de un cielo nocturno, a pesar de no verse ni lunas ni estrellas. El aire era frío y cortante como un cuchillo afilado.

Los dos amigos trabajaron tan deprisa como se lo permitían las manos entumecidas, llenando los petates con toda la leña que podían transportar. Haciendo un uso prudente de ella, sería suficiente para no quedarse congelados durante la noche.

Tanis metió a empujones el último trozo de madera en su petate, lo ató y miró en derredor en busca de Sturm. En contraste con la nieve, la figura del muchacho era una mancha oscura, arrodillada sobre su propio petate.

—¿Listo? —preguntó el semielfo. Sturm volvió la cabeza hacia él.

—Échame una mano para cargármelo a la espalda.

Fue cuestión de segundos ayudar a Sturm a levantar el pesado paquete.

—¿Vale ahí? —preguntó Tanis mientras observaba al muchacho bracear hasta que encontró una postura equilibrada.

—Vale. Es tu turno.

El semielfo apretó los dientes y contuvo un gruñido cuando Sturm le colocó la carga sobre los hombros.

—Dioses —musitó—. ¡Si se me concediera un deseo, pediría convertirme en una mula de carga lo bastante fuerte para transportar con facilidad este peso!

Por primera vez en ese día, Sturm esbozó una sonrisa y su blanca dentadura brilló en la oscuridad del pinar.

—Curioso deseo, Tanis. Pero si se te concede, prometo que te conduciré sin maltratarte.

Tanis se echó a reír y, por un instante, se olvidó del frío. La sonrisa de Sturm era como un rayo de sol abriéndose paso entre grises nubarrones, siempre bien recibida por aparecer tan de vez en cuando. Al comienzo del viaje, Tanis se había preguntado si era aconsejable llevar al muchacho. Había sido Flint, para sorpresa del semielfo, quien había insistido en que Sturm los acompañara.

—Argumentas que no tiene experiencia —había dicho el enano—, pero me gustaría saber cómo va a adquirirla si no sale de Solace.

El semielfo pensó que era un razonamiento muy acertado. Pero no se decidió hasta que el silencio del enano le hizo recordar a otro jovencito inexperto: él mismo. En aquel argumento llevaba todas las de perder. Al final, lo persuadieron para incluir a Sturm en el grupo. Después de todo, era sólo un corto viaje, sin desviaciones que los sacaran de la ruta marcada.

Y Sturm, había que señalar en su favor, no había perdido los nervios ante las dificultades ocasionadas por la inesperada

tormenta, sino que aceptó el reto y admitió el liderazgo de Tanis con una solemnidad y una cortesía poco corrientes en un muchacho tan joven.

«Bueno, pues ahora sí que nos hemos desviado», pensó el semielfo, mientras se colocaba la carga y pateaba el suelo en un vano intento de reanimar el riego sanguíneo en los pies, que debían de estar a punto de congelarse.

—Vamos, Sturm. Cuanto antes lleguemos al refugio, mejor para todos. Dudo que Tas resista mucho más tiempo sin romper la promesa que me hizo de quedarse allí. Si fueras aficionado al juego, te apostaría cualquier cosa a que, a pesar de la penosa caminata que nos aguarda, es Flint quien se enfrenta al reto más duro.

Cuando salieron del bosque y se encontraron de nuevo bajo el azote inclemente de la ventisca, Tanis pensó que, de concedérsele un deseo, cambiaría el de convertirse en una mula resistente y, en su lugar, pediría el instinto natural de un perro para encontrar su casa. El viento había borrado las huellas dejadas en su camino hacia el bosquecillo.

Flint contemplaba la noche mientras pensaba, al igual que Tanis, que este viaje, supuestamente, iba a ser sencillo. Habían tardado sólo unos cuantos días en llegar a Esker. El acaudalado cabecilla del pueblo les había dado la bienvenida con entusiasmo y se había mostrado muy complacido con el par de copas de plata que había encargado al enano el verano pasado. Las copas, con sus elegantes y esbeltos pies, sus interiores dorados y la parte exterior adornada con joyas incrustadas, eran el regalo de boda que el hombre haría a su adorada hija. Flint había trabajado mucho

en su diseño, y empleado en su fabricación la plata más fina y las gemas de mejor calidad. Su cliente había quedado muy satisfecho y ni siquiera había hecho el menor intento de regatear el precio, como era costumbre.

«Sí —pensó Flint—. Eran una maravilla. Y parece que van a costarnos la vida.»

El irritante y desafinado gemido del caramillo de Tas se alzó en el refugio, compitió con el aullido de la tormenta y consiguió que a Flint se le pusieran los nervios más de punta con cada segundo que pasaba. El espantoso ruido no se acercaba ni por lo más remoto a algo que pudiera llamarse música.

—¡Tas! —bramó el enano—. Ya que no dejas de escandalizar con esa maldita cosa, al menos intenta recordar alguna tonada y tócala.

El caramillo enmudeció de manera repentina. Tas se puso de pie y se reunió con Flint junto a la puerta.

—Si pudiera, lo haría. Pero no consigo hacerlo mejor.

Sin darle a Flint ocasión de protestar, el kender empezó a tocar de nuevo el caramillo. El espantoso chirrido alcanzó un tono agudo que rompía los nervios, tan penetrante como una aguja de hielo, si bien en opinión de Tas no era lo bastante fuerte.

—¡Ya está bien! —Flint arrebató a Tas el caramillo de un manotazo, pero, antes de que pudiera arrojarlo con todas sus fuerzas al otro extremo del refugio, el kender dio un brinco y se lo quitó con gran habilidad.

—¡No, Flint! ¡No tires mi caramillo mágico!

—¡Mágico! No empezarás con ese cuento otra vez, ¿verdad? En ese trasto hay tanta magia como musicalidad.

—Pues la tiene, Flint. El pastor me dijo que encontraría la

magia cuando encontrara la melodía, y que encontraría la música cuando más lo deseara. Bueno, ahora lo deseo, pero parece que soy incapaz de encontrarla.

Flint ya había oído antes la historia. Si bien las circunstancias y algún que otro pequeño detalle variaban de una vez para otra, el argumento del relato era siempre el mismo: un pastor le había dado el caramillo a Tas, jurando que era un objeto encantado. Pero no le explicó al kender cuáles eran las propiedades mágicas del instrumento.

—Descubrirás su utilidad —le había dicho al parecer— cuando descubras la música. Y, cuando hayas hecho uso de él, deberás entregárselo a otra persona, como yo te lo he entregado a ti, ya que su magia sólo puede ser utilizada una vez por cada persona que la hace brotar.

Lo más probable, pensaba Flint, era que el instrumento hubiera llegado a las manos de Tas del mismo modo que cualquier cosa llegaba a las manos de los kenders: una rápida maniobra de despiste, un fugaz movimiento de los dedos, y el pastor se habría pasado la siguiente hora buscando su caramillo por todas partes. Probablemente, se habría considerado afortunado de que no hubiera desaparecido al mismo tiempo la mitad de su rebaño.

—No hay ninguna magia en esta flauta —dijo Flint—. Más bien parece que tiene un defecto de fabricación. Déjalo ahora y déjame a mí en paz durante un rato.

Con un hondo suspiro que parecía haber salido de sus talones, Tas regresó al sitio donde había estado soplando el caramillo. Se dejó caer en el suelo helado y recostó la espalda en su petate. En su mente escuchaba la melodía que quería hacer sonar en la flauta. A veces era suave y melancólica; otras, sin embargo, era

alegre, casi juguetona. Sería una bonita canción, una tonada para la nieve. ¿Por qué no conseguía que el caramillo interpretara la melodía?, se preguntó. La ventisca bramó violenta y sacudió las paredes del pequeño refugio. La noche había cerrado su gélida garra sobre la montaña. Tas pensó que Sturm y Tanis estaban tardando más de lo previsto.

Probablemente, razonó, al estar ensimismado con la melodía que escuchaba en su interior pero que era incapaz de tocar, sólo le *parecía* que la espera era muy larga. Tanis y Sturm llevaban ausentes sólo unas pocas horas, como mucho. Les llevaría ese tiempo llegar al bosquecillo, recoger madera y atarla en paquetes. No obstante, estaba seguro de que, si los hubiera acompañado, no habrían tardado tanto en regresar. Además, tres podrían transportar más leña que dos. Ahora, al pensar en ello, a Tas no le parecían tan claras las razones expuestas por Tanis para arrancarle la promesa de que se quedaría en el refugio. ¡Ojalá los hubiera acompañado!

Un escalofrío le recorrió la espina dorsal, pero lo achacó al frío reinante. O al súbito giro tomado por la tonada de la nieve que resonaba en su cabeza. Fuera lo que fuera, Tas se encontró con que la melodía se hacía más y más tenue hasta desaparecer por completo.

El viento soplaba cada vez con más violencia. La nevada, más intensa que por la tarde, parecía una cortina de algodón gris. Frustrado, Tas dejó a un lado el caramillo y se acercó a la puerta.

—¿No te suena raro el viento? —preguntó.

El enano no contestó; permaneció en silencio, sentado en el mismo sitio, con la mirada prendida en la tormenta.

—¿Flint?